

INSTITUCION WALDORF
PARA LA ADAPTACION EN MEXICO DE NUEVAS TECNICAS DE ENSEÑANZA
(ASOCIACION CIVIL EN FORMACION)

CAÑADA 220
MEXICO 20 D. F.

BOLETIN DE METODOLOGIA
para los presentes y futuros maestros Waldorf

No. 15

Enero-Febrero de 1972

* * *

INDICE

Dr. Rudolf Steiner:	La risa y el llanto
Owen Barfield :	Sobre el alma consciente
José Enrique Rodó :	Diálogo de bronce y mármol

GUION

para el estudio del presente BOLETÍN

La conferencia del Dr. Rudolf Steiner sobre La risa y el llanto (que data del año de 1910, mucho antes de que se abriera la primera escuela Waldorf) se seleccionó para este Boletín, por considerarla ilustrativa de las muchas aplicaciones que la teoría de la configuración cuaternaria de la entidad humana, bien conocida por todos ustedes, puede hallar en la interpretación práctica de los fenómenos que nos rodean en la vida diaria. Trátase de una "teoría realmente práctica", y no de una fórmula hermética.

Ya en el No. 7 de este BOLETIN se había anunciado que se incluirían en el mismo algunos artículos que condujeran a la mejor comprensión de la Psicología de los Pueblos. Con mucho atraso empezamos hoy a cumplir ese anuncio, con la presentación del estudio de Owen Barfield Sobre el alma consciente. Ustedes ya saben, por una parte, que la quinta época cultural postatlante, es decir, la nuestra, tiene la misión de desarrollar particularmente el alma consciente en la humanidad; recuerden las pláticas del Sr. Edmunds y, más recientemente, del Sr. Gebert, en que se destacó la importancia de la figura de Galilei, precisamente como pionero en los albores de nuestra época. Por otra parte, cabe recordar que Rudolf Steiner en un ciclo de conferencias pronunciado en Cristianía (hoy: Oslo Noruega, en el año de 1910 sobre "La misión de algunas almas nacionales", explicó que a ciertos pueblos mediterráneos les incumbía desarrollar particularmente la expresión de la personalidad a través del alma sensible; a los franceses, a través del alma racional, y a los británicos, a través del alma consciente. Así pues, para la comprensión de la misión de nuestra época, es provechoso estudiar más de cerca la nación que, pudiéramos decir, se ha especializado en prestar atención al alma consciente. y por eso esperamos que el estudio de Barfield, antropósofo inglés, les redunde provechoso, aunque posteriormente habremos de ocuparnos del mismo tema desde muchos otros aspectos.

Recuerden, finalmente, que en el libro de Hartmann (pág. 57) se recoge una recomendación de Steiner, según la cual el maestro tiene el derecho de inventar diálogos, aunque nunca hayan tenido lugar, con tal de que sean sintomáticos o característicos de determinada situación histórica o científica. Vean también el artículo sobre "El cuento sugerente" en el No. 12 de este BOLETIN, en verdad una colección

11

de tales diálogos inventados. Muy grata fue la sorpresa de encontrar un diálogo modelo en la literatura latino-americana: José Enrique Rodó: Diálogo de bronce y mármol (Rodó, escritor uruguayo, fallecido en 1917). Aunque no tenga aplicación inmediata al nivel de nuestra escuela primaria, lo recomiendo a las Escuelas Waldorf latinoamericanas para el 9o. año (3er año de Secundaria). A nuestros maestros mexicanos les servirá de deleite y de estímulo.

Se agradece cumplidamente la colaboración de la Sra. Ana Ma. Castro y de la Profa. María Solá de Sellarés en la preparación del material que integra el presente número.

México, D. F.
25 de febrero de 1972

Recientes publicaciones:
Dühnfort-Kranich, La primera enseñanza de la
escritura y la lectura
Schuberth, La modernización de la enseñanza
de las matemáticas.

Dr. Rudolf Steiner

LA RISA Y EL LLANTO

Conferencia pronunciada en Berlín,
el 3 de febrero de 1910.

Pudiera parecer que el tema de mi plática de hoy fuera de poca importancia en un ciclo de conferencias dedicado al estudio de hechos científico-espirituales. Sin embargo, precisamente porque se trata de reflexiones sobre lo más elevado de nuestra existencia, sería un fatal error si el conferenciante desatendiera los detalles de la vida cotidiana. Por lo general, a la gente le gusta que en conferencias de esta índole, se hable de las dimensiones infinitas y finitas de la vida, de los superiores atributos del alma, de los magnos problemas de la evolución del mundo y de la humanidad, y quizá, de tópicos aún más elevados; y no se acepta de buen grado lo que podríamos llamar lo corriente de la vida que es de lo que habremos de ocuparnos hoy. No obstante, quien, por el camino que se describe en nuestras conferencias, trate de penetrar en las regiones de la vida espiritual, irá cada día convenciéndose de que precisamente el reposado avance, paso por paso, es sumamente benéfico: de lo más conocido a las regiones menos conocidas. Por lo demás, si ustedes pasan revista de sus recuerdos, no dejarán de darse cuenta que algunos de los más egregios espíritus de la humanidad no consideraban como meramente cotidiano lo que comúnmente se llama risa y llanto. En efecto, aquella gran Conciencia que se manifiesta en las leyendas y en las grandes tradiciones de la humanidad, y que a menudo trabaja mucho más sabiamente que la conciencia humana individual, ha dotado a la gran personalidad, Zarathustra, de portentosa importancia para la cultura oriental, con la famosa "Sonrisa de Zarathustra"; tanto es así, que la Conciencia legendaria considera como algo muy especial, el que aquel gran espíritu haya entrado al mundo, sonriente. A este hecho de la Sonrisa de Zarathustra, dicha Conciencia agrega la observación de profundo calado histórico-universal, de que todas las criaturas del mundo prorrumpieron en júbilo ante esa Sonrisa, en tanto que huyeron ante ella todos los malos espíritus y adversarios.

Ahora bien, si pasamos de aquella Conciencia que se manifiesta en las tradiciones legendarias, a las creaciones de algún insigne espíritu en particular, podemos recordar la figura que Goethe ha dotado de más sentimientos e ideas propias: la de Fausto. Después de haber caído ese personaje en la más honda desesperación frente a toda existencia, y ya cerca del aniquilamiento de la propia, Goethe pone en su boca las

siguientes palabras al oír las campanas que anuncian el advenimiento de la Pascua: "Brotó el llanto; estoy restituido a la tierra". Aquí, es la lágrima lo que expresa el estado anímico que a Fausto le permite, después de los pensamientos de la más amarga angustia, regresar al mundo. Goethe, el poeta, nos presenta, pues, la lágrima como el símbolo de la reconciliación del hombre con su medio físico.

Estos dos ejemplos nos permiten apreciar que sí es posible vincularnos en forma significativa con lo que se llama la risa y el llanto. Pero no faltarán quienes crean que es más cómodo especular de una vez sobre la índole del espíritu, en vez de buscar sus huellas en las manifestaciones que nos brinda el mundo que nos rodea. Podemos descubrir el espíritu humano en una de sus características privativas, precisamente en la expresión del alma humana que se manifiesta en risa y llanto, pues tanto la una como el otro son exteriorizaciones de la vida espiritual íntima del hombre. No basta, sin embargo, otorgar nuestro reconocimiento a ese ser espiritual; hay que comprenderlo, comprensión a la que, en verdad, hemos dedicado todas las conferencias del presente ciclo invernal. Por esto basta con que hoy aludamos someramente a ese enfoque científico-espiritual de la naturaleza humana que ustedes ya conocen, pues para apreciar debidamente los fenómenos de la risa y el llanto, hemos de apoyarnos en él.

Recuerden la esencia humana en su totalidad: el cuerpo físico, que tiene el hombre en común con todo el reino mineral; el cuerpo etéreo o biofórico, común con el reino vegetal; el cuerpo astral o psicofórico común con el reino animal, y vehículo de alegría y tristeza, placer y dolor, espanto y asombro, así como de todas las ideas en vaivén diario en nuestra vida anímica de vigilia. La entidad humana está, por lo tanto, constituida, por de pronto, por estas tres envolturas externas, y dentro de ellas vive Aquello en virtud de lo cual el hombre es la cúspide de la creación terrestre: el yo humano. Este yo, a su vez, desenvuelve su actividad dentro de la vida anímica que, como sabemos, está constituida por tres aspectos: alma sensible como miembro inferior, alma racional como miembro intermedio, y el alma consciente como tercero. Asimismo hemos visto que el yo actúa sobre dichos tres miembros anímicos para conducir al hombre a una perfección cada vez mayor.

¿Qué subyace en todo este trabajo del yo sobre el alma humana?

¿Contemplémoslo en diversas de sus manifestaciones. Típicamente, una de ellas sería la siguiente: ante el yo se presenta algún fenómeno, algún objeto o algún ser del

mundo exterior. El yo no permanece indiferente frente a ello sino que reacciona de determinada manera con esta o aquella experiencia anímica íntima: ciertos objetos le agradan, otros le desagradan; se regocija a veces por algún acontecimiento, o cae en la más honda pesadumbre; puede temblar de espanto y temor, o contemplar y abarcar amorosamente el hecho o ser en cuestión. Según el caso, el yo puede tener una vivencia, "comprender el proceso que sale a su encuentro", o "no comprenderlo".

Si observamos el yo en su actividad entre despertar y dormir, notamos que siempre busca su acuerdo con el mundo exterior. Cuando algún objeto nos causa agrado y cuando surge en nosotros el sentimiento: "éste es un ser que nos provoca calidez", se habrá tendido un lazo entre nosotros y el objeto; algo se habrá vinculado mutuamente. En realidad hacemos esto con todo lo que nos circunda: en lo que corresponde a los procesos íntimos de nuestra alma, toda nuestra vida de vigilia se nos aparece como la constante búsqueda de la concordancia entre el yo y el resto del mundo. Ahora bien, lo que experimentamos al contacto con los objetos y seres del mundo exterior y que se refleja en los procesos de nuestra vida anímica, actúa no solamente sobre los tres mencionados aspectos o miembros de nuestra alma, por ser ella la sede de nuestro yo, sino asimismo sobre el cuerpo astral, el etéreo y el físico. En varias ocasiones he dicho, a título de ejemplo, que la relación que el yo establece entre él mismo y algún objeto, repercute no solamente en las emociones del cuerpo astral, e influye en las corrientes y movimientos del cuerpo etéreo, sino que proyecta sus efectos hasta el cuerpo físico. Todos sabemos que una persona generalmente palidece si en su presencia ocurre algo espantoso. En este caso, la relación establecida entre el yo y el hecho, es decir, el vínculo entre el yo y el objeto, afecta el cuerpo físico e interviene en la circulación sanguínea que sigue un movimiento distinto al usual es como si la sangre se hubiera retirado de la corporalidad externa, dando por efecto la palidez. Otro caso es el opuesto el color rojo de la vergüenza. Si establecemos una relación entre nosotros y otra persona en el sentido que, por un momento, preferiríamos extinguirnos, desaparecer, nos sube la sangre a la cara. En ambos casos, pues, la relación entre el yo y el mundo externo ejerce determinado efecto sobre la sangre. Y así podríamos mencionar muchos ejemplos de cómo las experiencias del yo en su contacto con el mundo externo, se reflejan en el cuerpo astral, en el etéreo y en el físico.

Ahora bien, cuando el yo trata de establecer la concordancia o determinada relación entre él y el mundo exterior, se presentan ciertos casos muy peculiares. En determinados casos son las que "corresponden" frente al objeto o ser en cuestión. Incluso cuando sentimos temor fundado ante algún individuo, podemos admitir: si el yo analiza, a la postre su

relación con él, se da cuenta de que su miedo estaba en concordancia con lo que le exigía el medio ambiente. Pero siente particularmente el yo su armonía con lo exterior cuando aspira, por ejemplo, a comprender determinadas cosas del mundo externo, y cuando es capaz de obtener mayor claridad, mediante sus conceptos, sentimientos, sensaciones, etc., de las cosas cuya comprensión persigue. En este caso, el yo se siente como unido a los objetos sobre los cuales se aclara; siente como si se trascendiera a sí mismo, como si penetrara los objetos y reconoce con ellos el vínculo como debido y oportuno. O bien convive el yo con otras personas y con ellas establece relaciones determinadas, relaciones de cariño. Esto implica que se siente satisfecho y exultado porque se ha creado un contacto armonioso entre él y el mundo externo. Esta relación se expresa por de pronto en que el yo se siente "a gusto", y lo transfiere a sus envolturas, esto es, a su cuerpo astral y etéreo.

Puede suceder asimismo que el yo no sea capaz de esta concordancia, es decir, que no logre establecer la relación que pudiéramos llamar normal, en cuyo caso se origina una situación muy peculiar. Supongamos que el yo encuentra en el mundo circundante algún objeto o ser con el que no logre establecer aquella relación que le permite "comprender" la existencia del objeto o hecho. Supongamos que el yo está empeñado en encontrar su relación con el mundo exterior, pero que no logra establecer un vínculo normal. Pero el yo, a pesar de esto, tendrá necesidad de adoptar cierta posición frente a este objeto del mundo exterior. Tomemos un caso concreto: nos hallamos en presencia de alguien que no hemos tratado de comprender, porque nos pareció que no valía la pena, y porque sentimos que, para introducirnos en él, tendríamos que sacrificar una cantidad demasiado importante de nuestra propia energía cognoscitiva e inteligente. En efecto, existen seres ante los cuales adoptamos la actitud de decir: "quiero invertir mi energía para comprenderte; quiero sumergirme en ti y así unir contigo lo que está dentro de mí"; a la vez que existen otros que no despiertan nuestro interés; nos parece que no valen la pena, y que consideraríamos malgastadas las energías de nuestro entendimiento si en ellos nos sumergiéramos. En una situación así, buscamos una posición muy particular, y levantamos una especie de muro de separación. Entonces, en vez de practicar la entrega, fundimos con él, tratamos de liberarnos de él, de mantenernos al margen; queremos afirmarnos nosotros mismos, pero no mediante la penetración, sino desviando de ese ser nuestra energía y, conscientes de ella, sentir nuestra superioridad por la elevación de nuestra autoconciencia. Si nos hallamos en esta modalidad de relación con un ser, nos invade como un sentimiento de liberación.

En presencia de quien comprendemos y en quien nos sumergimos, ya sea por la energía del conocimiento, por el amor o por la compasión, no existe la retirada del yo; al contrario, nos sentimos atraídos hacia ese ser. En cambio, ante una criatura como la descrita anteriormente, nos parece que algo perdería nuestro yo si en él se sumergiera; y mantenemos reunidas nuestras energías. Cuando prevalece este segundo estado de conciencia, la observación clarividente puede comprobar que el yo, como si dijéramos, retira el cuerpo astral para ponerlo a resguardo de las impresiones que pudieran afectarle, ya sea del medio circundante o de aquel otro ser. No cabe duda, éste continuará ejerciendo una impresión sobre el cuerpo físico, a menos que cerremos los ojos o nos tapemos los oídos. Pero precisamente por no tener el mismo control sobre nuestro cuerpo físico que sobre el astral, retiramos momentáneamente éste de aquél, e incluso del cuerpo etéreo, y le evitamos así el contacto con aquel otro ser. Para la conciencia clarividente, esta retirada del cuerpo astral que normalmente despliega su energía en el cuerpo físico para mantener unidas sus energías, ofrece el aspecto de una expansión; es como si el cuerpo astral se dilatara en este proceso de liberación. Cuando nos sentimos superiores a otro ser, dejamos que nuestro cuerpo astral se expanda y relaje cual si fuera una sustancia elástica, mientras que, por lo regular, lo tenemos en tensión. En este proceso de expansión, nos liberamos de algún nexo con el ser respectivo: es como si nos encogiéramos dentro de nosotros mismos, y así nos convertimos en soberanos de toda la situación. Y debido a que todo lo que tiene lugar en el cuerpo astral se expresa en el cuerpo físico, también esta momentánea disociación del cuerpo astral halla su expresión en el cuerpo físico. ¿Cuál es? ¡La risa o la sonrisa! Con cada risa o sonrisa, que siempre tiene por base un estado de ánimo como el que acabo de señalar, se halla ligada una expansión elástica del cuerpo astral.

Esto nos permite decir: la risa o sonrisa que se manifiesta en la entidad humana a consecuencia de la expansión del cuerpo astral que es su expresión fisonómica, es resultado de una elevación sobre lo que sucede en nuestro alrededor cuando no queremos gastar nuestra comprensión, ni debemos gastarla de conformidad con nuestra actitud general hacia el tema en cuestión. En caso extremo, por lo tanto, todo lo que no ha de provocar nuestra comprensión, traerá aparejada semejante expansión del cuerpo astral, y, con ello, provocará la risa.- Ciertas revistas satíricas tenían la costumbre de representar ciertas personas de la vida pública con cabezas enormes y cuerpos minúsculos, con lo cual se expresó, en forma grotesca, lo que el personaje en cuestión significa para su época; sería absurdo todo intento de "comprender" esto, ya que no existe ley alguna que ligue una cabeza tan grande con un cuerpo tan pequeño. Penetrar este objeto con nuestra

energía cognoscitiva sería un esfuerzo perdido. La única satisfacción que ha de suministrarnos la caricatura, debe ser precisamente la de elevarse sobre el objeto, o bien, desde el yo, liberarse de la impresión que ha recibido nuestro cuerpo físico, y expandir el cuerpo astral. Tengamos presente que lo que experimenta el yo, afecta, de inmediato, su envoltura más inmediata que es el cuerpo astral; y la expresión fisonómica para ello es la risa.

Pero también puede presentarse el caso de que, a pesar de intentarlo, no logramos encontrar la relación que, por nuestra condición anímica, justificadamente buscamos con nuestro medio circundante. Supongamos que, por un tiempo, amamos a determinada persona; no solamente ella se encuentra en relación con nuestras acciones, sino que determinadas experiencias anímicas se vinculan a su existencia y a la unión entre ella y nosotros. Supongamos ahora que, por una temporada nos vemos privados de su trato, con lo cual queda anulada una parte de nuestras propias vivencias anímicas; queda anulado algo que constituía un lazo de unión entre nosotros y un ser del mundo exterior. Por la condición anímica que se había generado por nuestra relación con dicha persona, se justifica que nuestra alma busque el nexo al que ya estaba acostumbrada, pero que no puede subsistir como antes. Algo se ha arrancado de este yo, y ese algo provoca en él un efecto que, a su vez, se transmite al cuerpo astral. Y porque, a consecuencia de este efecto, se siente el cuerpo astral despojado de algo, se contrae o, mejor dicho, el yo lo comprime por buscar una relación con el mundo externo que no puede encontrar.

Este fenómeno se produce siempre que el hombre está triste o apenado por alguna pérdida: el yo que se ve privado de algo, comprime el cuerpo astral. Mientras que la expansión del cuerpo astral motiva su relajamiento, y provoca en el cuerpo físico la expresión fisonómica a la que damos el nombre de risa o sonrisa, asimismo el cuerpo astral que se comprime, penetra más profundamente en todas las energías del cuerpo físico. Así es en verdad: si el cuerpo astral se comprime, comprime a su vez, al cuerpo físico, y la expresión física de esta contracción del yo, del cuerpo astral, y por consiguiente, del cuerpo físico, es el derramar lágrimas. El cuerpo astral que recibió algo así como cavidades y las quiere rellenar mediante la compresión atrayendo las sustancias del medio ambiente, ejerce, a consecuencia de ello, un efecto compresor sobre el cuerpo físico, con el resultado de que le salen las lágrimas. ¿Qué es, por lo tanto, la lágrima, además de lágrima? Por la tristeza, el yo ha perdido algo; se contrae porque ha empobrecido, y ya no siente su mismidad con la misma intensidad de antes.

La mismidad se siente con tanta mayor fuerza cuanto más rico se halle en experiencias del mundo circundante; no sólo damos algo a los objetos de nuestro amor, sino que este amor enriquece nuestra propia alma. En cambio, al vernos privados de las experiencias del amor, se producen las mencionadas cavidades en el cuerpo astral; éste se contrae e intenta, mediante la presión que ejerce sobre sí mismo, recuperar las energías perdidas. Por medio del recogimiento trata de resarcirse de su pérdida. Lo que se manifiesta en la lágrima no es pues, simple derrame de líquido, no es mera apertura hacia afuera: es una especie de sucedáneo para el yo empobrecido. Mientras que anteriormente el yo se sentía enriquecido por su contacto con el mundo externo, ahora afirma su propia reciedumbre en la producción de las lágrimas que genera y exprime. La merma que el yo ha sufrido en autoconciencia, trata de reponerlo estimulando una creación interna, esto es, produciendo lágrimas. He ahí que el llanto sea, en cierto modo, una compensación, un sustituto del empobrecimiento del yo. Esto nos permite decir: cuando el yo que ha sufrido una pérdida logra llorar; cuando, llorando, se hace consciente de su pérdida, la lágrima le procura cierta sensación subconsciente de bienestar; el llanto puede llegar a ser motivo de cierto gozo íntimo, tiene efecto compensador. Para el hombre muy abatido, la lágrima es una especie de consuelo porque le sirve en cierto modo de sustituto. Ya saben ustedes que hay personas de las que se dice que no son capaces de llorar: para ellas es mucho más difícil soportar la tristeza y el dolor que para aquellos que, en cualquier momento, pueden lograr el íntimo gozo del llanto.

Vemos pues, que el yo, si no logra establecer una satisfactoria relación con el medio circundante, puede conquistar mediante la risa, la libertad interna, o, después de una pérdida sumergirse en el llanto para fortalecerse en íntima actividad creadora. A través, pues, de llanto y risa, se manifiesta la entidad central del hombre: su yo. De ahí que consideramos lógico que el yo, posesión privativa del hombre y que lo singulariza, es, en cierto modo, la condición previa de la verdadera risa y del verdadero llanto.

En los primeros días de su vida, el recién nacido no puede reír ni llorar; la verdadera risa y el verdadero llanto no se presentan hasta los 36 ó 40 días. Antes, el niño no es capaz ni de lo uno ni de lo otro. ¿Por qué causa? Aunque ya está precisado qué clase de yo, procedente de una encarnación anterior, ha de vivir precisamente en este niño, este yo no ejerce su efecto modelador desde los primeros días de su vida; no busca desde un principio relaciones con el mundo externo. Recordemos que los rasgos de un individuo tienen dos distintos orígenes: por un lado, las características y

actividades heredadas de los padres, abuelos, etc., y por el otro, la individualidad, el yo humano, que transmite de vida en vida, de encarnación en encarnación, sus atributos psíquicos y que influye activamente sobre el legado hereditario. Nos llama la atención en el recién nacido lo indefinido de su fisonomía, así como también es todavía indefinido todo lo que el hombre, más adelante, habrá de desplegar como características dotes y aptitudes particulares. Pero vemos asimismo que el yo, creador y activo, en quien latén las energías evolutivas procedentes de la vida anterior, perfila con más y más determinación los rasgos indefinidos, modificando así el legado hereditario. Así es cómo confluyen las propiedades heredadas con las que pasan de encarnación en encarnación. (Para mayores detalles sobre la evolución del hombre les ruego consultar mi libro "La Ciencia Oculta - un bosquejo" recientemente salido +), en cuyos primeros capítulos se comentan estos temas en la forma apropiada para la comprensión del hombre contemporáneo).

Así pues, el yo se va cincelando a sí mismo en el niño, si bien transcurre algún tiempo antes que empiece a transformar lo corpóreo y lo anímico. Por eso, en sus primeros días de existencia, saltan a la vista exclusivamente las características heredadas: el yo individual se halla todavía profundamente escondido esperando el momento de poder grabar en la fisonomía indefinida, lo que posee de vidas anteriores y que poco a poco, de día en día, de año en año, irá sacando a la luz.

Antes de que el niño llegue a ese carácter individual que lo singulariza entre los demás, no puede expresar mediante la risa y el llanto, relación alguna con el mundo exterior. Ya hemos visto que ambos dependen del yo, lo individual que busca concordancia y armonía con el medio ambiente; ha de ser, pues precisamente él quien, a través de la risa o la sonrisa, trate de liberarse de los objetos; asimismo ha de ser precisamente él quien, ante la imposibilidad de lograr la relación buscada, comprima en la pérdida, lo íntimo de la humana entidad. Sólo el yo puede expresarse en la risa y el llanto, lo que nos lleva a darnos cuenta que sus manifestaciones expresan la más profunda espiritualidad del hombre.

No faltarán quienes traten de mezclarlo todo, por no estar dispuestos a admitir una diferencia efectiva entre hombre y animal. Sin duda, encontrarán, en sus intentos, analogías de la risa y el llanto en aquel reino. Pero el que perciba las cosas correctamente, estará de acuerdo con el poeta alemán que dice que el animal no llega al llanto, sino a lo sumo al aullido, y no a la risa, sino a lo sumo a la mueca

+) 1909 (Edición castellana 1956)

sardónica. En esto yace una profunda verdad que se puede cifrar en las palabras de que el animal, lejos de elevarse a la condición de un yo individual que tiene su sede en la entidad misma, se halla supeditado por leyes que, si bien no dejan de tener semejanza con las que rigen al hombre dotado de yo, actúan sobre él desde fuera porque el animal no ha logrado la individualidad. Ya hemos llamado anteriormente la atención sobre esta significativa diferencia entre el hombre y la entidad animal: lo que nos interesa del animal se define en su género o especie; y todos los que a ella pertenecen, no muestran grandes diferencias. Por ejemplo muy similares son los hábitos entre el hijito de león, su padre, su abuelo etc., similitud que de ninguna manera encontramos en el reino humano. Lo que cautiva nuestra atención del animal pertenece a su especie; en cambio, en el reino humano todo hombre es una especie aparte, y lo que en el animal se nos manifiesta como especie o género, tiene que interesarnos en cada hombre individual del género humano. En otras palabras: entre los hombres, todo individuo tiene su biografía, biografía que nos interesa tanto como pueda interesarnos la biografía de toda una especie o género animal. Es verdad, que hubo algunos dueños de perros o de gatos que consideraban valioso escribir una biografía de su perro o gato; a lo que respondo que yo conocí a un maestro de escuela que puso a sus alumnos la tarea de escribir la biografía de una plumilla de acero. Lo importante no es el hecho de que un mismo pensamiento puede aplicarse a todo, sino que logremos desentrañar lo que es esencial en alguna cosa o en algún ser. En los reinos de la naturaleza inferiores al hombre, el individuo no es lo esencial; por eso sólo en el hombre su biografía es lo que cobra preeminencia, ya que en ella lo principal es la individualidad en desenvolvimiento vida tras vida, en tanto que en el animal la evolución es de género a género. La importancia del elemento biográfico es tan significativa como la que se atribuye a las leyes científicas del mundo exterior. Quien no lo reconoce patentiza su incapacidad de aquilatar los fenómenos que se presentan.

Lo que en el animal pasa de especie en especie, de género en género, es su alma-grupo o yo grupal, que el animal no lleva dentro de sí, sino fuera de sí. A la ciencia espiritual no se le ocurre negar el yo animal, pero es un yo-grupo que dirige al animal desde fuera. En cambio, el hombre posee un yo individual que se adentra en lo más íntimo de la entidad humana, yo que, actuando de dentro afuera, dirige a cada hombre particular y establece una relación personal con los seres de su medio circundante. En cambio, los animales establecen la relación según la dirección que les impone el yo-grupo externo, con un carácter típico, genérico. Lo que este o aquel - - - - -

animal ama u odia, lo que a este o aquel animal le causa miedo, tiene un carácter general y típico, y se modifica tan sólo en ciertos detalles, por ejemplo en nuestros animales domésticos, o con los acostumbrados a convivir con el hombre. En cambio, es resultado de la individualidad o egoidad humana que pasa de encarnación en encarnación, de manera individual, lo que significa para el alma humana el miedo y el temor, el amor y el odio en su relación con el medio ambiente. De ahí que la relación peculiar por medio de la cual el hombre se libera de algún ser de su medio circundante, lo que fisonómicamente se expresa con la risa, o bien la otra manifestación cuando buscamos algo sin encontrarlo, lo que halla su expresión fisonómica en el llanto, es siempre algo que sólo el yo humano es capaz de desplegar. Puntualicemos: mientras más el niño trasciende lo meramente animal, más pone en evidencia su individualidad, tanto más se muestra su condición humana en la risa o en las lágrimas que brotan de los ojos. Si queremos dejar asentada la posición superior del hombre sobre los demás seres de la tierra, destacar lo relevante de su condición, no hemos de buscar lo más importante en los toscos hechos de su vida, ni en el parentesco de los huesos y músculos entre hombre y animal, ni en la similitud que, hasta cierto grado, existe entre los demás órganos, sino en los hechos más menudos y delicados. A quien los hechos de la risa y el llanto le parezcan carentes de significado para aplicarlos a la caracterización diferencial de la condición humana y de la animal, habremos de decirle: no vamos a convencer a aquel que, cuando se trata de comprender al hombre en su espiritualidad, no puede percibir la trascendencia de los hechos decisivos.

Estos hechos que destacamos aquí en el campo de la Ciencia Espiritual, pueden servir al mismo tiempo para esclarecer ciertos logros o conquistas de las ciencias naturales, aunque, a decir verdad, hemos de colocarlos dentro del gran todo científico-espiritual. Y es que con la risa y el llanto se halla asociado en el hombre otra cosa todavía; no solamente representan la expresión fisonómica de la alegría o de la tristeza, sino que, al mismo tiempo, afectan al proceso respiratorio. Cuando el hombre está triste hasta el punto de llorar, y cuando su tristeza conduce a una compresión del cuerpo astral que se traduce también en una compresión del cuerpo físico, se puede observar que la inspiración se hace más y más corta, en tanto que la espiración es más larga. En la risa sucede lo contrario: larga inspiración y corta espiración. Así es cómo se modifica el proceso respiratorio. Y es profundamente real decir: cuando se relaja el cuerpo astral del hombre por la risa, así como cuando también se relaja el cuerpo físico en su estructura más delicada, tiene lugar algo similar a la producción de un espacio vacío del que se ha extraído el aire mediante una bomba, para luego exponer este espacio vacío al aire externo:

entra entonces el aire en el espacio vacío a chiflones. Así con la risa se produce una especie de liberación de la corporalidad exterior, y luego el aire se inspira en un largo golpe respiratorio. En el llanto sucede lo contrario: contraemos el cuerpo astral y también el físico, con el resultado de que esta compresión produce una espiración larga y única.

Vemos, pues, que las experiencias del alma humana se enlazan con manifestaciones fisiológicas, en virtud de la presencia del yo.

Si estudiamos estos síntomas corporales, se vierte una luz sorprendente sobre un hecho científico-espiritual que, imaginativamente, se expresa en documentos religiosos de la humanidad; frecuentemente aquellos hechos hallan su expresión en alguna imagen. Recordemos el significativo pasaje del Antiguo Testamento donde dice que el hombre se eleva a su actual condición humana en el momento en que Jahvé o Jehová le insufla el aliento vivo y lo convierte de esta manera en un alma viva, momento que corresponde a la génesis del yo humano. El Antiguo Testamento se refiere, pues, al proceso respiratorio como manifestación de la verdadera egoidad del hombre, pues por la respiración se relaciona con su vida anímica. Ahora bien, considerando que el yo humano consigue su peculiar expresión en la risa y el llanto, nos damos cuenta de la íntima conexión que existe entre el proceso respiratorio y el psiquismo humano interior y, con base en semejante conocimiento, dirigimos nuestra mirada hacia los documentos religiosos, con la humildad necesaria para lograr una comprensión más profunda y verdadera.

Inicialmente, en la Ciencia Espiritual todos esos documentos no nos son de fundamental importancia, porque incluso en el caso de que, por una gran catástrofe, se destruyeran todos, la investigación espiritual cuenta con los medios para explorar y encontrar lo que en ellos subyace: no necesita de ninguna concreción material. Esto no excluye, sin embargo, que, una vez reconocidos los hechos, así como en los documentos la inequívoca expresión imaginativa de lo que previamente se ha descubierto por medio de la ciencia espiritual de manera directa, crezca nuestra estima por estos documentos. Y deducimos entonces que lo que en ellos se revela debe de haber sido escrito por entidades que sabían lo que el investigador espiritual redescubre; y así, a una distancia de milenios, habla el investigador espiritual del pasado, al investigador espiritual del presente, la visión espiritual a la visión espiritual. Es, pues, precisamente con base en el conocimiento superior que se ~~olviere~~ la correcta actitud frente a los documentos. Y si la Biblia nos dice que Dios insufló en el hombre su aliento vivo

con lo cual el hombre se convirtió en una egoidad centrada en sí misma, nuestra reflexión sobre "risa y llanto" nos ayuda a comprender cuán verídico es este hecho imaginativo en lo que a la condición humana se refiere.

Para no ir demasiado lejos, redondeemos nuestra reflexión de hoy aportando algunos detalles. Puede que alguien replique ahora: "se ha enfocado toda esta reflexión desde el extremo equivocado, porque había que empezar ahí donde hablan los hechos externos. Hay que buscar el elemento espiritual donde se manifiesta como puro efecto natural, por ejemplo, cuando una persona ríe porque lo hacen cosquillas. Ahí tenemos el fenómeno elemental de la risa. ¿Cómo se compagina este fenómeno con todas las interpretaciones fantásticas sobre la expansión del cuerpo astral, etc.?"

La verdad es que precisamente en el caso del cosquilleo es cuando tiene lugar esta expansión del cuerpo astral, porque entonces existen, aunque a un nivel subordinado, todos los aspectos mencionados como característicos. Si a una persona se le hacen cosquillas en la planta del pie, se sustrae el hecho a su entendimiento: no lo quiere, lo rechaza; y sólo se torna comprensible cuando esa persona se hace cosquillas a sí misma. Pero entonces no se ríe, porque conoce al autor. En cambio, la cosquilla provocada por otra persona, siempre guarda algo incomprensible: el yo se opone a ello, trata de liberarse, así como liberar al cuerpo astral de esta sensación. Y precisamente esta liberación del cuerpo astral de un contacto inconveniente, se expresa por la risa inmotivada. A un nivel elemental, se trata de liberación, de una salvación del yo ante un ataque, ya que a esto corresponden las cosquillas que se hacen en la planta del pie, donde no es posible elucidar el asunto con el entendimiento.

Al mismo nivel se encuentra también toda risa sobre un chiste o sobre alguna situación cómica. Nos reímos del chiste porque mediante la risa establecemos la debida relación con él. En el chiste se entrelazan afirmaciones que en la vida formal nunca se presentan juntas, pues de ser así, no serían chistosas; se combinan relaciones que, salvo en el caso de mentecatos insensatos, no desafían necesariamente nuestro entendimiento, sino que exigen tan sólo que, con cierta juguetona ligereza intelectual, seamos capaces de darnos cuenta al nivel mental de la asociación de ideas que en el chiste existe. En el momento en que nos sentimos poseedores de este juego, y nos liberamos de él, nos elevamos por encima de su contenido. Por doquiera que hay risa, se trata siempre de liberación o de elevación sobre algún fenómeno, así como similarmente, en todo llanto subyace el hecho de que el hombre busca algo sin encon-

trarlo y, por lo tanto, se contrae en sí mismo.

Ahora bien, puede ser justificada o injustificada la característica que tome la relación con el mundo externo tal como acabo de describirla. En un caso puede ser justificado que queramos liberarnos de algo, mediante la risa, o bien, en otro, que debido a nuestra propia idiosincracia, no queramos o no podamos comprender el proceso de que se trate. Entonces la risa no se basa en la naturaleza de los hechos, sino en nuestra imperfección. Esto sale a luz en todos los casos en que un hombre primitivo o inculto se ríe de otro porque no es capaz de comprenderlo. Si un hombre inculto no encuentra en otro lo cotidiano y filisteo que él considera correcto, cree que no es necesario analizar esta ausencia mediante el entendimiento; trata de liberarse de ello, quizá precisamente porque no quiere hacer el esfuerzo de comprenderlo. Esto se traduce fácilmente en la costumbre de tratar de liberarse, mediante la risa, de todo lo que nos circunda. He ahí la característica de ciertas personas: se ríen y cacarean de todo; no quieren entender nada, y así se hincha su cuerpo astral y se sienten permanentemente arrastrados a la risa. Básicamente, se trata, pues, del mismo fenómeno. Sólo que, en un aspecto, puede ser justificado el no querer penetrar en la comprensión de un asunto, y, en el otro, puede ser esto injustificado. También puede darse el caso de que las imperfecciones y vicisitudes de la moda nos confronten con situaciones que nos impidan comprender lo que parece inadecuado para nuestro comportamiento habitual y acostumbrado. En este caso una sonrisa sintiéndose muy por encima de tal y tal peculiaridad de la moda. Así pues, la risa no expresa siempre un sentimiento justificado de distanciamiento, sino asimismo, a veces, un distanciamiento que carece de justificación. Todo lo cual no modifica lo fundamental que subyace en toda risa.

Es también posible que alguien, premeditadamente, cuente con estas manifestaciones espontáneas de la vida humana. Un orador o conferenciante puede calcular de antemano el asentimiento, o lo que sea, que pretende conseguir por medio de su discurso, en cuyo caso su cálculo abarca un elemento que puede ser tópico de experiencia del alma humana. En ciertos discursos; quizá sea justificado destacar cosas de tan baja categoría o tan por debajo del nivel de comprensión de ciertos escuclás, que sea lícito caracterizarlas sin que se trabé un lazo particularmente íntimo entre ello y el alma de los oyentes; en este caso tal vez se les ayude mediante la risa, medio de liberación de lo que, por hallarse debajo del nivel del tema, estorbaría su comprensión. En esta situación, el orador puede contar con que sus escuchas compartan su actitud de rechazo de los objetos en cuestión; pero también hay oradores que quieren arreglárselo todo mediante la risa del público. He oído casos

en que los oradores me dijeran: "Para triunfar procuro que los que ríen siempre estén de mi lado". Sin embargo, semejante actitud puede ser resultado de una falta de honradez interna, porque apelando a la risa, se echa mano de un expediente mediante el cual el hombre debe elevarse por encima de algún asunto o cosa. Pero también se apela a la vanidad de los hombres, sin que tengan conciencia de ello, si el asunto se les presenta en forma tal que no haya necesidad de penetrar en él, y se les permite tomarlo en broma simplemente porque el orador logró colocarlo a un nivel donde parece de baja categoría. Así pues, el recurrir a la risa puede nacer de un principio de falta de honradez.

Similarmemente, será posible en ciertos casos conquistar a los oyentes estimulando en ellos un tipo de sensación de bienestar y de gozo que podemos asociar con el llanto. Cuando a un auditorio se le pinta alguna pérdida imaginaria, puede nacer en la gente la sensación artificial: "Hay que afanarse ahora en pos de una meta inalcanzable, para que así experimente el gozo del llanto". Quien escucha se siente entonces fortalecido en su egoidad precisamente por la contracción de su yo; en muchos casos el contar con esa conmoción equivale a contar con el egoísmo humano. Todas esas cosas se prestan pues, a abuso, porque el desprecio y la burla, la conmoción, el dolor y la tristeza, acompañados de la risa o el llanto, se relacionan con lo que fortalece y libera al yo, esto es, se relacionan con la humana egoidad. He ahí que, valiéndose de los recursos señalados, sea posible manipular el egoísmo humano, en cuyo caso ese egoísmo puede destruir los legítimos vínculos entre hombre y hombre.

Hemos visto, pues, que en la risa y en lo que en ella subyace, el yo humano se siente libremente elevado; hemos visto asimismo que la miseria se siente comprimida en la lágrima y en lo que con ella se relaciona. Pero recuerden que hemos comentado en otras conferencias que el yo no trabaja solamente sobre el alma sensible, alma racional y alma consciente, sino que, por medio de esta actividad, el propio yo se hace cada vez más perfecto y vigoroso. De ahí se comprende fácilmente que la risa y el llanto pueden, en cierto modo, utilizarse como recursos pedagógicos. Si el yo estalla en risa, suscita dentro de sí energías para su autoliberación, su sublimidad y su autocontención; por medio del llanto, las energías que le educan para que se una a lo que pertenece, pues, al sentir su propia deficiencia con respecto a lo que con él armoniza, se enriquece su propia egoidad en otro sentido, comprimiéndose. Considerados en esta forma, la risa y el llanto contienen, al mismo tiempo, recursos pedagógicos para el yo y sus energías, pues a través de una y otro asciende como si dijéramos a ni-

veles superiores por su libertad y su asociación con el mundo. De ahí que no sea sorprendente que precisamente las producciones y creaciones humanas que contribuyen a estimular las energías químicas que subyacen en la risa y el llanto, pertenezcan a los grandes recursos pedagógicos de la evolución humana.

Así, la tragedia teatral objetiva un elemento que efectivamente comprime el cuerpo astral, con lo que se logra mayor firmeza y entereza del yo, en tanto que la comedia, al elevar al hombre sobre lo necio, sobre lo que se desploma por su propio peso, objetiva un elemento que lo ensancha, con lo cual se opera la liberación del yo. Las creaciones artísticas de la tragedia y de la comedia colocan pues, ante el alma, imágenes íntimamente relacionadas con la evolución humana.

El que sea capaz de observar la naturaleza y esencia del hombre también en sus aspectos merudos, notará que las experiencias cotidianas pueden conducirlo también a la comprensión de los magnos hechos. Las manifestaciones artísticas como las que acabo de mencionar, atestiguan, por ejemplo, que dentro de la naturaleza humana existe algo que ha de oscilar, cual péndulo, entre lo que se exterioriza con la lágrima y con la risa. El yo sólo continúa evolucionando al hallarse en movimiento. Si el péndulo permaneciera siempre en posición de reposo, no evolucionaría, y sucumbiría a la muerte interna. Le conviene, pues, a la evolución humana que el yo, por un lado, pueda liberarse mediante la risa y, por el otro, que se busque a sí mismo incluso en la pérdida, en la lágrima. Cuando se trata de buscar la compensación entre estos dos polos es necesario llevar esta búsqueda adelante hasta lograr la meta. De ahí que el yo alcance su plena realización únicamente en el justo medio, en la compensación, jamás en la loca oscilación entre el "júbilo celestial" y la "congoja mortal"; el yo sólo puede realizarse en la posición de equilibrio dinámico que puede desviarse ora hacia un lado, ora hacia otro.

En el curso de su evolución, el hombre ha de constituirse en amo y soberano de su propia existencia. Si comprendemos la risa y el llanto, los exaltamos como manifestaciones del espíritu y podemos decir: el hombre se nos vuelve diáfano si nos damos cuenta de que en la risa busca la expresión externa de una sensación de liberación interna, en tanto que en la lágrima expresa una sensación de afianzamiento interno tras la pérdida de algo en el mundo exterior. Así, risa y llanto constituyen dos polos reveladores de ciertos misterios del mundo.

Para terminar, preguntemos: ¿Qué es, en el fondo, la risa en el rostro humano? Es la manifestación espiritual

de que el hombre se afana por su liberación, que no se deja arrastrar por las cosas que no son dignas de él, y con su sonrisa, se eleva por encima de aquello de lo cual nunca debe ser esclavo. A su vez, la lágrima en el rostro humano es expresión espiritual del hecho de que el hombre, aun cuando siente roto el hilo entre él y algo del mundo externo, continúa buscándolo en la pérdida; precisamente con la afirmación de su yo en la lágrima, trata de expresar: "pertenezco al mundo y él me pertenece; no puedo soportar su alejamiento".

Y ahora comprendemos que la liberación que se eleva por encima de todo lo inferior y malo, pudo hallar expresión en la "Sonrisa de Zaratustra", y se pudo decir: ante esa sonrisa se regocijaban todas las criaturas de la tierra y huyeron los espíritus del mal. En efecto, esta sonrisa es el símbolo histórico-universal de la elevación espiritual del yo autónomo sobre aquello en lo que este yo no debe entretenerse. Y todas las criaturas de la tierra pueden regocijarse cuando esencialmente pueden elevarse en unión, en alas de la Sonrisa de Zaratustra. Similantemente, cuando el yo entra en una fase en que dice: "nada vale la existencia; ya nada quiero en común con el mundo", fase en que ha de resplandecer en su alma la energía necesaria para llevar a la conciencia las palabras: "el mundo me pertenece y yo le pertenezco", podemos encontrar la expresión de este hecho en las palabras de Goethe: "Brotó el llanto; estoy restituido a la tierra" pues estas palabras nos llevan a sentir que no quedamos al margen de todo lo que integra la tierra, y, por medio de la lágrima, afirmamos nuestra solidaridad con el mundo en el momento en que ella peligra.

La solidaridad del hombre con el mundo la puede anunciar la lágrima en su rostro; así como la risa anuncia su liberación de todo lo inferior que trata de apoderarse de él.

Owen Barfield

SOBRE EL ALMA CONSCIENTE

Quien desee reflexionar sobre el ser humano con más detenimiento de lo común, le valdrá la pena que consulte la clasificación y el análisis a cuyo desarrollo dedi-

co Rudolf Steiner buena parte de su vida. Esa clasificación, que en el primer momento produce una impresión fría y austera, no es un fin en sí mismo, sino simple medio hacia una comprensión más íntima y amable del ser humano. Un mapa, con sus manchas de colores y sus rígidas líneas sobre la latitud y la longitud, podría parecer frío y austero si lo confundiéramos con el mundo; pero no caemos en este error; nos sirve simplemente para viajar por él.

Podemos afirmar que el hombre es integración de cuerpo y alma o mente, pero si nos detenermos en esta afirmación escueta, inmediatamente nos encontramos involucrados en toda clase de confusiones, complicaciones y discusiones sobre su auténtico significado. Steiner no se detuvo ahí, y sustentó que el hombre tiene un cuerpo físico, en semejanza con el reino mineral; un cuerpo etéreo, que también poseen las plantas; un cuerpo astral, que comparte con el reino animal y que le sirve de vehículo para las sensaciones y pasiones, y finalmente un Ego. En virtud de este último principio, se diferencia absolutamente de las demás criaturas terrestres: es la única que puede decir "yo".

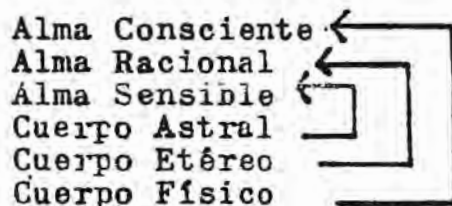
Entre los muchos y muy variados modos de pensar, así como de las investigaciones que le han acompañado, se ha encontrado fructífera esta clasificación por la concepción metafísica que encarna del ser humano: es un 'microcosmos' que evoluciona de un 'macrocosmos' y finalmente retorna en cierto sentido, al gran todo del que surgió; concepción que lo percibe reposando inconscientemente en el seno del Padre, y luego, como semilla que se separa de esta unidad, para re-identificarse, en algún futuro remoto, con el principio del Padre pero con plena conciencia de ser, como 'Ego' en equilibrio y plenitud. Sobre este punto de vista descansa este artículo.

Sufren alteración los otros tres principios que integran la entidad humana, al introducirse en ellos, como cuarto, un Ego o Yo: del mismo modo que yergue al cuerpo físico, y pasa éste de la posición horizontal a la vertical, asimismo influye en otra forma sobre los cuerpos etéreo y astral. El hombre no experimenta tan sólo apetitos y pasiones; es también capaz de nuevas experiencias, de percibir meras percepciones sensorias, sin deseo o repulsión; precisamente por la acción del Ego sobre el astral, lo que lo vincula muy de cerca al goce sensual o artístico. En otras palabras, desarrolla del cuerpo astral el alma sensible, vehículo de toda experiencia estética, tomando esta palabra en el sentido más amplio. En forma similar, al actuar sobre el cuerpo etéreo conduce el Ego al desarrollo del

alma racional y aquí inmediatamente nos hallamos situados en un punto crucial de su evolución. Ha llegado ahora el hombre a una etapa en donde puede pensar, y hay algo en esto esencialmente paradójico. Cuando pienso, por ejemplo que $2 + 2 = 4$, mi pensamiento no es individual, mío solamente: no puedo decir, que existe tan solo para mí. A un mismo pensamiento corresponde la misma verdad. Por lo tanto, en cuanto yo pienso lo que es verdadero soy uno con todos los demás Egos y con el macrocosmos; sin embargo, mi posibilidad de pensar depende de mi existencia separada como Ego. ¿Qué nos sugiere esto? Que ahí, en el alma racional, hállese el punto crucial del magno y misterioso proceso de la separación, es decir, allí donde el Ego se independiza del mundo objetivo, donde el microcosmos se separa del macrocosmos. Cuando el hombre la experimenta en su alma racional, en realidad tiene lugar la separación.

Y es precisamente donde se efectúa el proceso de escisión, que se puede captar cierto punto en el que ésta culmina en ruptura definitiva; en verdad, un nacimiento, el momento en que se corta el cordón umbilical. Steiner llamó a esta etapa de la evolución de la conciencia humana, la del alma consciente. ¿Qué significa entonces, la afirmación nuestra de que el Ego está actuando sobre el alma consciente? Que ha llegado a su término la escisión o nacimiento del microcosmos humano en el seno del macrocosmos, o sea, que de él se ha independizado dando origen al alma consciente.

Si expresamos la conciencia y la evolución humanas en forma de diagrama, obtenemos el siguiente esquema:



En todos los principios, con excepción de los dos extremos, el ser humano mantiene cierta vinculación primordial con el universo, la fuente de su creación; pero su cuerpo físico es completo en sí mismo encerrado en su propia envoltura, como una islita. Y cuando el Ego ejerce una influencia profunda sobre este principio, se desarrolla a un nivel superior de la conciencia, el alma consciente con su aislamiento espiritual correspondiente.

Supongamos ahora un imposible; supongamos que un hombre llega hasta el desenvolvimiento del alma cons-

ciente y luego se muere. ¿Qué pasa? Considerado como individuo autoconsciente, ¿qué será en realidad? Realmente nada; nunca podríamos decir lo que es, sino lo que no es; podríamos definirlo únicamente como 'aquello que se ha escindido', o como 'lo que queda'. Su contenido auténtico sería cero, pero desde luego, es imposible que esto suceda. Lo que se ha descrito sería una condición pura del alma consciente; mientras que, de hecho, las etapas de desarrollo continúan intercalándose y entrecruzándose. Mas para pensar con claridad es bueno también ser capaz de abstraerlas y considerarlas aparte; podemos entonces decir que, en tanto que el hombre experimenta al nivel del alma consciente, tiende hacia esta condición, hacia este punto-cero paradójico, donde autoconsciencia coincide con nonentidad.

Demos ahora otro paso. Según lo veía Steiner, la evolución de la conciencia, no debe concebirse como una especie de carrera plana donde los competidores corren sobre carriles paralelos demarcados por líneas. Es mejor imaginarla como una sinfonía orquestal, o danza, en la que cada parte interpreta su papel en armonía con las demás. En este caso hemos de tener en cuenta no tan sólo los Egos de los seres humanos individuales, sino asimismo las almas de grupos integrados, de familias o naciones; punto de vista que introduce orden a esa múltiple división de la humanidad en razas y naciones, como nos la describen las páginas de la historia. Una y otra vez, Steiner entresacó algún aspecto particular de esa sinfonía universal, con amoroso derroche de detalles. En el presente estudio nos detenemos en una sola de sus muchas intuiciones, a saber, cuando destaca a la nación inglesa como el vehículo especial para el desarrollo del alma consciente.

Pocas cosas son más sorprendentes que la transparente efectividad de esta clave oculta en la esencia del genio anglosajón. Innumerables son las indicaciones y selecciono únicamente dos o tres. En primer lugar, la condición geográfica: es una isla, o sea, una 'parte de tierra rodeada de agua' como aprendimos en la escuela, con todas sus consecuencias, tanto para el carácter como para la historia. "Todo inglés", escribió Novalis, "es una isla" y así desarrolla con base en un sentimiento instintivo, la regla de que "su casa es su castillo". Necesitaba otra isla dentro de la grande, y esto ha dado origen al enfoque de la libertad social y política del individuo, libertad que Europa, desde hace mucho tiempo, ha vinculado con el nombre de Inglaterra. Es curioso; si examinamos su Constitución para descubrir en qué documentos y principios se ba-

sa, no encontramos ninguno; nada se dice en ella de lo que puede hacer el ciudadano, pero sí mucho de lo que se niega a la policía, a los súbditos, y al Rey. En otras palabras, su tan cantada libertad no existe en sí misma; es 'lo que queda'. Ignoramos lo que es; pero sabemos lo que no es; y no por eso es menos real.

Es importante captar la verdadera relación del inglés con la libertad. No es ella algo que él comprenda mejor que los súbditos de otras naciones, ni que exalte entusiasmo como ideal a perseguir; o que puede comentar con especial competencia. Nada de todo esto: la clave es que la libertad se da por descontada. Esto nos muestra inmediatamente el alcance de decir que determinada nación 'es el vehículo para el desarrollo' de cierto principio humano; significa que a sus integrantes les ha sido 'dado', como si dijéramos, ese principio, en tanto que los ciudadanos de otras naciones tienen que conquistarlo por propio esfuerzo individual.

¿En qué más podemos encontrar esta instintiva experiencia del alma consciente de los ingleses? En los siglos XVI y XVII, se extendió gradualmente por Europa la actitud ante la vida comúnmente llamada 'espíritu científico'. Desde luego que Inglaterra no puede vanagloriarse de haber tenido un monopolio de ilustres investigadores, pero cuando hablamos del espíritu científico, no podemos dejar de lado. Para comprender su origen la historia y la literatura inglesas. Y si queremos puntualizar la cosmogonía en la que culmina ese espíritu científico como tal, (sin pretender incluir en ella a todos los científicos), formulemos la pregunta, ¿en qué consiste?. En un sistema que concibe la Naturaleza como una estructura de leyes inalterables. Y ¿el hombre? Nada puede decirse de él excepto en lo que concierne a su principio menos distintivo: el cuerpo físico. Dejemos esto a un lado y prosigamos: ¿Qué es el hombre como Hombre? La respuesta será: 'lo que queda', verdad absoluta por todo lo que puede decirse con base en el verdadero espíritu científico cuando se aplica tan sólo a los datos actualmente aceptables, sin que les afecte el hecho de que la Asociación Británica reconoce ahora toda clase de 'ologías' semioficiales.

Para comprender el espíritu científico en su esencia y captar el enorme vacío que existe entre él y la forma medieval de pensar, hay que leer a Bacon; entonces se da uno cuenta que ese espíritu científico es, en realidad, idéntico a la filosofía inglesa saturada de materialismo, palabra, que no es necesariamente un término de abuso, como veremos. Es imposible ahondar esto; basta, para percibir algo de lo que

aludimos, considerar el extraordinario distanciamiento que existe entre el movimiento filosófico inglés y el magno y peculiar movimiento europeo del pensar moderno, matemáticas puras. Inglaterra no tiene un Descartes o un Leibnitz: cuenta con matemáticos, pero no son filósofos. Newton empleó sus matemáticas en la investigación científica práctica, en tanto que el filósofo Hume estructuró un sistema sobre el trabajo de su predecesor Locke, desconociendo las matemáticas cartesianas y newtonianas. Si buscamos una filosofía newtoniana, hemos de entrar en Alemania, en Kant.

Pero ¿qué significa el membrete 'materialismo'? Como término común, como cohete disparado por antropólogos al resto del mundo, generalmente significa rechaza a toda realidad que no sea material. De ahí llegamos, a otra paradoja, pues es una peculiaridad del materialismo en filosofía, el que, en realidad desvirtúa aquella otra pícara variedad del materialismo; y lo hace, al conducirlo hacia su conclusión lógica y poner en evidencia su estupidez. Si, por ejemplo, consideramos el escepticismo de Hume sobre el concepto 'causación', vemos de inmediato que su efecto es dar énfasis y destacar cuán poco consistente es el pensamiento del que depende este pícaro 'materialismo'. Pues, en verdad, si somos materialistas, nos vemos obligados a aceptar que el mundo es una arbitraria colección de cosas y sucesos enteramente desvinculados entre sí, y que en cada momento mantiene su unidad y se recrea de nuevo. Esto es en realidad lo que nos dice Hume. Y así aprendemos de la filosofía inglesa la importante lección de que el materialismo puro y honesto no puede ser materialista.

¿Qué es entonces lo que hace la filosofía inglesa según el anverso de la medalla? Buscar instintivamente su material por doquiera; tratar con él, con lo físico, que es en donde se siente a sus anchas; por el reverso mostrarnos lo que quedó! Si pusiéramos el dedo sobre todo lo material, doquiera se encontrara, resultaría que todo lo que queda es no-material. Habríamos desprendido lo material de lo inmaterial, y lo inmaterial, por así decirlo, se regocija en su libertad. Tal es, de hecho, lo que ha dado a Europa la filosofía inglesa: la licencia para libremente especular en el reino del pensamiento puro, sin que materialismo disfrazado alguno lo impida. Desde luego que no podemos decir que los filósofos ingleses tenían tal propósito en mente; pero existen otros propósitos, además de los conscientes. A la luz de la historia de la conciencia occidental, resulta evidente que la filosofía inglesa propiamente tal, es decir, el alma colectiva inglesa en su actitud filosófica, iba en pos, por así decirlo, de algo definido; bus-

caba la materia por todas partes, para que no se confundiera con el Espíritu.

Con esto, liberó del cosmos 'lo que quedaba'. No es libre el hombre como ser físico; está inseparablemente unido al mundo material, aunque la independencia que imparte al cuerpo su epidermis cree como una imagen de desprendimiento. Pero el remanente inmaterial, una vez desprendido de la materia, queda libre de todo el mundo, y la otra clase de vinculación por medio del alma quedó descartada en las precedentes etapas de desarrollo, la del alma sensible, y la del alma racional. Por fin, hállase el microcosmos plena y definitivamente cercenado del macrocosmos, y esto da origen a la inquietante pregunta: ¿Tiene este microcosmos algún contenido? ¿Existe realmente? ¿Soy yo? He aquí la experiencia típica del alma consciente.

En diferentes formas puede llegar la respuesta, y nos detendremos en la primera que, dada cierta honestidad, surge de la misma alma consciente. Ninguna literatura mejor que la inglesa, sobre todo cuando trata su tema favorito de la muerte, ilustra como ella la paradoja de que el sincero materialismo de ninguna manera puede ser plenamente materialista. Sería posible extenderse mucho sobre esto; por el momento me limito a dos pasajes, el primero entresacado de las 'Conversaciones Imaginarias' de Landor:

"Murió Laodomenia; también Elena; Leda, la amada de Júpiter, se fue antes. Mejor es reposar en la tierra a tiempo que continuar levantado hasta tarde o aferrarse, para evitar la inevitable caída, a lo que sentimos desmoronándose bajo nuestros pies. Podemos gozar el presente mientras somos insensibles a lo mórbido y decadente; lo actual, como una nota de música, no tiene otro valor que ser proyección del pasado y anuncio del futuro. No hay campos de amaranto en este lado de la tumba; no hay voces, por sonoras que sean que pronto no enmudezcan; no hay nombre, por intensamente que lo repita el amor apasionado, cuyo eco finalmente no agonice".

El segundo pasaje, entresacado de "Las aflicciones del amor perdido", es más extraordinario; corresponde al juego de una broma. El 'fantástico español', Armando, representando el papel de Héctor, sufre la ridícula burla de todos los cortesanos y las carcajadas estallan por doquiera. Repentinamente, Armando formula la protesta patética, no en defensa propia, sino del personaje que encarna. Se detiene a la mitad de su papel, y exclama ante su burlón auditorio:

"Muerto y descompuesto está el gentil guerrero; no golpéis, amables amigos, los huesos del enterrado."

Este repentino giro caprichoso hacia el patetismo en relación con el tema de la mortalidad es muy típico del genio inglés; aspecto poético de ese honesto materialismo que hemos visto en su filosofía. El alma consciente se encara únicamente con lo físico, con aquella que muere; y sin embargo, aquí también se destaca lo que hemos apuntado como verdad evidente: que el materialismo honesto no puede ser totalmente materialista. ¿Por qué? Porque en la sonora música verbal a la que a menudo tiende a elevarse la literatura inglesa cuando habla de la muerte, encontramos la misteriosa resonancia del anónimo y desconocido contenido de la aislada alma humana. Sin duda, no se menciona; hállase tan sólo sugerido, generalmente sin previa intención por parte del escritor.

Es sorprendente a cuán lejos nos pueden llevar la genuina honestidad y la claridad mental. La verdad no consta de una colección de hechos aislados; toda ella está entretejida en una sola tela. Por lo tanto, a pesar de que no nos sea posible por nuestra constitución captar sino una partícula de la realidad, no podremos evitar sugerir la verdad total si tratamos sinceramente de poner de relieve esa partícula con absoluta fidelidad, esto es, sin agregarle nada que no queramos afirmar. Esto es muy significativo, y su alcance en la literatura inglesa es el siguiente: no se puede escribir bien y sinceramente acerca de la muerte sin sugerir la resurrección. Supongamos que alguien sea absolutamente incapaz de 'ver' el espíritu que se levanta cuando el cuerpo se hunde, y está firmemente decidido a no decir más de lo que sabe. Podrá usar los términos más sencillos y sustentar, por ejemplo, que tal y tal ser era y ya no es; y en sus palabras resonará en todo momento algo de lo que no tenía idea; los armónicos, la música, la excelcitud del espíritu que se manifiesta cuando parece que el cuerpo desaparece en la nada. Después de todo, la literatura como arte no es mucho más que una facultad excepcional de expresión sincera, absolutamente sincera con la propia manera de ser del escritor. Así, si en alguna parte del individuo existe una verdadera capacidad de 'percibir' el espíritu, pero él la ignora y trata de escribir acerca de la muerte como lo hicieron sus antepasados, no logrará estos armónicos misteriosos. Muchos escritores modernos no se han dado cuenta de esto.

Para entender la literatura inglesa y gozar con ella, hay que ser capaz de apreciar ese gentil arte de

sugestión, aprender a leer lo que no se dice, y reconocer cuán importante es el que sea tácita. Se percibirá entonces el matiz de flotante ligereza que es la esencia de la lírica y del humor ingleses, y podrá uno apreciar, por ejemplo, ese notable villancico de las 'Siete Vírgenes':

Debajo de las hojas y las hojas de la Vida
Me encontré siete vírgenes,
Una de ellas siendo la dulce María
De nuestro Señor, madre Celestial.

"Oh, ¿qué andáis buscando, vosotras, las siete
rubias doncellas.
Bajo las hojas de la vida?
Venid y decídmelo, venid y decídmelo, ¿qué buscáis
Bajo las hojas de la vida?"

Sólo escogeré uno que otro verso:

Bajad, bajad hacia aquel pueblecito,
Y sentaos en la galería,
Veréis allí al Dulce Jesús Cristo
Clavado al gran árbol de tejo,

y así sigue hasta el antepenúltimo verso, clímax en verdad, del poema:

Descansó su cabeza sobre Su hombro derecho,
Viendo ahí rondar a la muerte
"El Espíritu Santo quede en tu alma,
Me muero, Madre querida, me muero".

Hemos llegado a la culminación; ¿cómo continúa el poema?

He aquí los dos versos últimos:

¡Oh, la rosa, la rosa amable.
Y la fórmula que tan verde crece!
Que Dios nos ampare siempre
Para orar por nuestro rey y nuestra reina.
Y también fervorosas sean
Para nuestros enemigos las plegarias.
Amen, excelso Señor; sea tu caridad
el fin de mi cantar.

Nada se dice ahí de la resurrección y, sin embargo... Tal vez en este contexto, donde el objetivo final es un ansioso intento de acercarse, con todo cariño y humildad, al Espíritu de una nación, no es inadecuado decir:

"era el poeta demasiado caballero para mentonar expresamente la resurrección!"

Podemos también citar el poema de un poeta inglés que vive todavía, uno de los más hermosos de este idioma, 'Nod', de Walter de la Mare:

Suavemente por el camino
Arrugado por la edad y empapado de rocío
Va el viejo Nod, el pastor,
En un atardecer de rosa teñido.

Marcha ante él su soñoliento rebaño
Cargados de oro sus vellones
Hasta donde el último rayo solar penetra
En el redil de Nod, el pastor.

Aguda la zarza es y verde de espinas;
Por la arena los pulgones se arrastran;
El cielo los pájaros surcan,
En bandadas cantando van hacia el hogar.

Más sus borreguitos son que las rosas de mediodía,
Ninguno se le pierde,
A su ciego perro Dormilón
Cuando caen las sombras de la noche.

Suyos son los silenciosos pasos del país del ensueño
Las aguas del no-más-dolor,
Su cencerro que tañe bajo un arco de estrellas:
Descansa, descansa, descansa otra vez!

Ninguna señal externa encontramos en este caso de que el escritor esté realmente pensando en la muerte. Todo es simbolismo, sugestión, como disímulo. No se necesita más; llegamos al verdadero corazón de la literatura inglesa. Conozco personalmente a un estudiante que, después de graduarse con honores en literatura inglesa, tropezó con enormes dificultades para comprender el movimiento 'simbolista' de la poesía francesa: no podía concebir ninguna otra clase de poesía; para él no era sino un movimiento de "tinta y papel".

En virtud de lo que precede, queda suficientemente claro que el alcance de todo esto trasciende en mucho los límites de Inglaterra. Si Steiner estaba en lo cierto, lo que hemos descrito no solamente refleja el genio inglés, sino al Hombre en un sentido más profundo, a ese hombre que trata de expresarse conforme se desenvuelve su alma consciente.

Preguntemos de nuevo: ¿Cuál es la típica experiencia del alma consciente? La de la nada, la de carecer de contenido. 'Tal vez no soy'; y con inquietud manifiesta: 'una cosa es cierta: no sé lo que soy; sólo sé lo que no soy!'. A lo que pourríamos agregar algo que no es todavía experiencia propia, sino ocasional o posible. De la nada e incertidumbre emanan los armónicos que proyectan por sí mismos una extraordinaria y amable certeza. En un principio, puede parecer que es puramente emotiva y luego transformarse en convicción, conocimiento absoluto de la verdad que descansa en lo bello e imaginativo. He ahí la materia prima de que fue hecho el Movimiento Romántico Inglés. Literalmente escribió Keats: "No estoy seguro de nada excepto de la santidad del afecto que del corazón emana y de la verdad de la imaginación".

Pero nunca puede la conciencia humana lograr la calma en sus formas de expresión, y cuando trata de buscarla empieza a degenerar. Cuán corriente es que un individuo descubra algo nuevo en su vida interna, viva la grata experiencia que le depara una pieza de música o la contemplación de una montaña, y se diga a sí mismo: "Ya lo he logrado, y siempre podré revivirlo en búsqueda de nueva inspiración, o para recobrar el equilibrio perdido". Y luego se da cuenta de que no es así, pues cuanto más trata de extraer del tesoro de su recuerdo, tanto más flácido y exánime se torna. Y es que, para que subsista como auténtica inspiración, hay que metamorfosearlo, revivificarlo con nuevas experiencias.

Lo mismo sucede con la evolución de la conciencia del hombre como un todo. Es este el enfoque que necesitamos para comprender la tragedia del romanticismo, el movimiento que primero surgió de aquellas energías humanas que, no pudiendo expresarse a través de las formas cada vez más abstractas del pensamiento europeo de los siglos XVII y XVIII, las destruyeron, y amasaron sus fragmentos para crear la vasija⁺ o el distinto recipiente que pudiera contenerla mejor. Esta nueva vasija fue la imaginación, el simbolismo hacia el que se encauzó la literatura para encontrar otros significados en las palabras, además de la acepción superficial. Por toda Europa cundió la llamarada del entusiasmo, y puede considerarse visión profética de ella, la imagen del 'Día Feliz' de Blake. Pero nos llegó

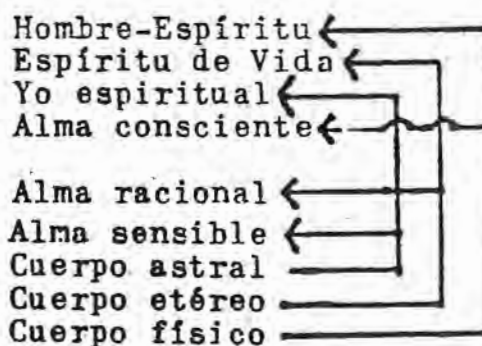
+) vasija. En Inglés vessel que también significa vehículo.

vivir entonces su parte trágica: por un lado, el intenso deseo de que perdurara la sagrada conciencia romántico-imaginativa, manteniéndola como algo totalmente separado de la experiencia de carácter científico; por el otro, socavándola constantemente. Desde la época de Keats ha florecido una riqueza de ideas; por ejemplo, las vinculadas con las ciencias semioficiales de psicología y antropología, ciencias que tienden a inferir al romanticismo el peor daño: ¡racionalizarlo! Al mismo tiempo encontramos con idénticos fines una calurosa expansión en la línea introspectiva. Tenemos a Aldous Huxley como vivo ejemplo del corrosivo deseo de vida romántica en constante lucha con la necesidad psicológica de introspección. Una forma de acercarse a la Antroposofía es ver en ella la solución, o si eso suena demasiado fácil, digámos el desenlace de la tragedia del romanticismo.

El camino más expedito será sumergirse 'in medias res' e inquirir precisamente en lo que dijo Steiner acerca del desarrollo posterior del Ego humano, la etapa que sigue a la del alma consciente. Hemos llegado, pues, al momento en el que el macrocosmos está, como si dijéramos, enfocado en un punto invisible del aislado Ego. ¿Qué sigue? Según la Antroposofía se nos presentan dos alternativas: una, la de la muerte final y la noexistencia; otra, el primer paso hacia una nueva expansión externa, de nuevo en dirección al macrocosmos, expansión de tal naturaleza que el centro y manantial de la vida es entonces desde dentro en lugar de afuera.

Steiner habló no solamente de épocas pasadas, sino también de futuras, y así a los seis principios del 'esquema' dado en el principio, podemos añadir ahora los tres que conciernen a un desarrollo posterior. Veámoslo aquí:

Futuro más remoto
Séptima época cultural
Sexta época cultural
d.C. 1450 al presente
a.C. 750 d.C. 1450 +
(Epoca Greco-Romana)
Epoca Egipcio-caldea
Antiguo período persa
Antiguo período indico
Pasado más remoto



+) Se fijan estas fechas sólo para sugerir un proceso dentro del tiempo y deberán tomarse como puntos centrales aproximados de períodos de transición.

Se ha dedicado o se dedicará, al desenvolvimiento de cada uno de estos principios, un total período de civilización, de más de 2,000 años. Todos ellos son a su vez, en su mayor parte, recapitulación de etapas de desarrollo infinitamente más extensas que tuvieron lugar en el remoto pasado. Tal fue la imagen que presentó Steiner de la historia de la Tierra, imagen creada, no por un saber teórico, afirmó, sino por conocimiento directo. No hay manera de verificar su autenticidad, excepto por una experiencia similar, sin la cual cada uno tiene que decidir por sí mismo si le parece o no razonable. Estos ensayos míos alcanzarán el resultado que pretendo, si llegan a mostrar cuán razonable es esa imagen al desarrollarla plena y detalladamente en una dirección por lo menos.

Desde este más amplio punto de vista hacia el futuro remoto, podemos darnos cuenta que los tres principios del alma sensible, alma racional y alma consciente constituyen más bien etapas de las transformaciones finales, que fines en sí mismos. Es de notar que con el alma consciente, por primera vez en el largo período de más de 8000 años que estamos estudiando, tiene lugar un retroceso hacia el más bajo o, mejor diríamos el más prematureo de los principios humanos (en cierto sentido, el cuerpo físico, es el más perfecto de todos ellos.) Dos aspectos de importancia se vinculan con este hecho.

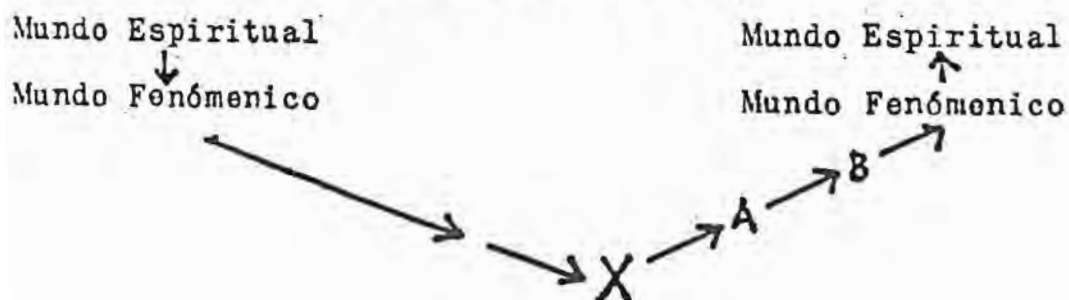
Gracias a la acción del Ego que extiende su influencia hasta el cuerpo físico, cobra por primera vez seriedad el impulso de conocerse a sí mismo. Ilustrémoslo con un ejemplo: es ahora cuando el hombre exige saber, y siente necesidad de conocer cómo la acción reproductora de su organismo penetra en la totalidad de su vida anímica. El psicoanálisis es un síntoma de esta necesidad, y si la Antroposofía difiere de ella es porque se da cuenta de que el autoconocimiento es otro vocablo para conocer los mundos superiores, considerando que el microcosmos es el germen de todos los mundos. Es bueno que afloren en la conciencia los escondidos procesos del organismo, pero únicamente si pueden trascenderse y descubrir a través de él mismo, la acción oculta de las jerarquías espirituales. Además, si consideramos que apenas en el siglo XV se inició la etapa del alma consciente y que ahora todavía nos encontramos en el primer cuarto, podemos apreciar la importancia de comprender la historia inglesa desde entonces cuando Inglaterra empezó a tomar una parte directiva en Europa. Esa historia, hasta el momento actual, es la historia del alma consciente en su despertar. Su estudio es, pues, importante no tan sólo para los ingleses, sino para el género humano, puesto que todos hemos llegado a la edad del alma consciente, nos

guste o no, y, al estudiarla en su condición naciente, podemos saber lo que de otra manera ignoraríamos.

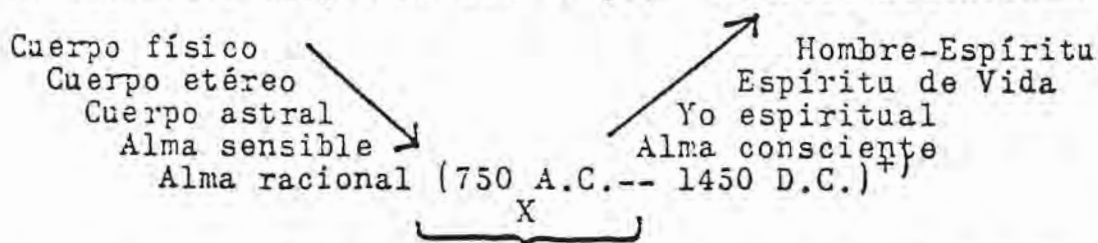
En la actualidad, este desarrollo 'inconsciente' o despertar del alma consciente está llegando a su fin. El instinto del autoconocimiento, llamémoslo corporal, está afirmándose y socava no sólo la experiencia 'romántica', sino todas las que afectan a la naturaleza emotiva. La gente ya no puede continuar diciendo como Keats, "Estoy seguro de la verdad de la imaginación;" necesita saber en qué forma es la imaginación verdadera, pues de no ser así es incapaz de sentir su verdad. Es aquí donde apunta la enorme diferencia entre el alma consciente y la racional: si preguntamos por el significado de algo, sólo en el alma racional podemos encontrar la respuesta; la consciente sugiere y describe, pero no declara. Por lo tanto, es al alma racional a quien hemos de dirigirnos para conocer el significado del romanticismo y de la imaginación o, lo que es lo mismo, para formularle la pregunta: "¿en qué sentido es la imaginación verdadera?"

No olvidemos que quien rechace el supuesto de que la imaginación es verdadera, probablemente partirá del punto de vista de que es íntegramente una actividad interna, 'subjetiva'. Sin duda, ésta es la acepción popular del término, sobre todo en lo que se refiere al adjetivo 'imaginario'. Por lo tanto, al tratar de enfocar el asunto, tropezamos con la relación que existe en la experiencia humana entre 'interno' y 'externo', 'subjetivo' y 'objetivo', y el alma consciente no puede captar esta interrogación, puesto que ya se halla separada. Como he tratado de explicar, la subjetividad es su esencia. En cambio, en el alma racional, como se dijo al principio de este ensayo, podemos todavía observar el proceso de independización del Ego humano, del macrocosmos. Por eso, hemos de dirigirnos a ella para comprender el problema y hallar su solución.

En cierto sentido, la Antroposofía es el alma racional que habla a la consciente; es la ciencia del significado, y le dice: "¡En la genuina imaginación creadora estás dando el primer paso hacia la reunión con el macrocosmos; pues no sólo eres tú quien crea imaginativamente, sino la Naturaleza misma!" Expresemos por el momento todo el curso de la evolución humana con el siguiente diagrama:



Si el punto A es el alma consciente, B representa esa misma alma desarrollada, o sea, el alma consciente, convirtiéndose en lo que el Dr. Steiner llamó una vez 'Alma Imaginativa'. La X, culminación del alma racional, significa, según nos dice la Antroposofía, el nadir humano, el verdadero misterio de la resurrección, el enigma del Hombre Nuevo surgiendo del Viejo. Veámoslo históricamente:



Este esquema permite darse cuenta del por qué el alma racional puede comprender el abstruso problema de la relación entre el mundo 'subjetivo' y el 'objetivo'. Puede, porque precisamente su florecimiento en la Tierra estuvo acompañado del interrogante, no como tema de conocimiento, sino de acción. Surgió y recibió respuesta; no fueron palabras, sino un Hecho: la encarnación de Cristo en un cuerpo humano, y por lo tanto en el 'aura' terrestre significó la solución del divorcio entre el mundo subjetivo y el objetivo, ese divorcio que acababa de presentarse para la experiencia humana. Podemos expresarlo en distinta forma: en la última gran época cultural, un magno problema se presenta ante la tierra toda: ¿tendría ella algún significado? Y la pregunta fue respondida con un acto divino que, del Sol, se le otorgó a la Tierra. Actualmente se yergue la misma interrogación, no ante nuestro planeta, sino ante las almas individuales, y deberá emanar la respuesta, ya no de Dios, sino de ellas mismas. Sin embargo, Dios dio a la Tierra su significado en la edad del alma racional, la greco-romana, y es El también quien hace posible que ella dé ahora una respuesta afirmativa. He ahí la enseñanza, según mi comprensión, de la Antroposofía: su íntegro objetivo es ofrecer a la humanidad en la etapa del alma consciente, toda la ayuda que necesite para responder a aquella interrogación.

+) véase la Nota en la pág. 27

José Enrique Rodó

DIALOGO DE BRONCE Y MARMOL

Escena:

La "Plaza de la Signoria" de Florencia

Personajes:

El "David", de Miguel Angel. El "Perseo", de Benvenuto Cellini.- Coro de vestales.

PERSEO

Soy el orgullo heroico. En mi frente de bronce resplandece la heredada majestad de Zeus, y mi gesto y mi ademán esculpen la voluptuosidad sublime del triunfo. Sé que soy fuerte, augusto y hermoso, y deseo saborear la gloria y provocar el amor, y difundir el miedo. En la fruición de mi hazaña trasciende como un anticipado desdén de los peligros que querrán limitar el desate de mi fuerza y de mi ambición. Llevaré la cortada cabeza de la Medusa, que levanto en la mano, a que campee en el escudo de Atenea. De la hirviente sangre de la furia nacerá el caballo alado, fiel a los poetas, que me dará la velocidad del relámpago. Mío será cuanto sueña la imaginación de glorioso, de noble, de divino. Seré debelador de monstruos, rey por mi esfuerzo, conquistador de tesoros legendarios, libertador caballero de princesas cautivas. Castigaré la inhospitalaria soberbia de Atlas; arrebataré las manzanas de oro al jardín de las Hespérides, y gozaré después de la más alta presea, la más dulce sanción del heroísmo, en el enamorado seno de Andrómeda. Todo ello lo columbro en este instante de mi vida, y todo se refleja en la expresión de mi olímpico ensimismamiento. ¡Bello es el mundo para escenario de los Héroes; bella la participación del hombre y del dios, la juventud eterna, la energía radiante y soberana!

DAVID

Soy el heroísmo candoroso. Veo que hay en mí una fuerza y una gracia que imperan sobre los demás; veo que los hombres me rodean para que los guíe a la victoria, y que,

cuando paso, las mujeres se vuelven a mirarme. Pero yo ni lo busco, ni sé en qué consiste esta atracción que tengo en mí. Hoy es un día de prueba. La mañana está clara; el aire, fresco y animador. Mis rebaños quedan pastando en el desierto. Voy al encuentro del gigante que desafía al pueblo de Israel. Para ejecutar esta vindicta, no he querido casco ni coraza. Frente y pecho desnudos, y ardiendo en ellos una llama de fe; por armas, las piedras que he recogido del torrente y la honda que llevo al hombro, voy a baticar la soberbia de Coliat. Confío en el brazo del Señor, porque El es justo y no le aparta de su pueblo; confío en el brazo del Señor porque El puso ya en los míos fuerza para exterminar al oso y al león que acechaban mis rebaños. Proféticos vislumbres me hablan de un trono que me espera, de una Sión que he de magnificar, de un imperio que se abrirá a mi paso: pero yo sólo sé que únicamente Dios es grande, y que para ensalzarlo nací con dos virtudes: una que me impulsa a combatir como las fieras del bosque, sin escudo ni espada, y otra que me mueve a cantar, como las aves del cielo, sin reflexión ni vanidad.

PERSEO

Hermano mío, hablamos como si no nos poseyera el encantamiento del arte. ¿Quién te trocó en mármol eterno?

DAVID

¿Quien me encantó en el mármol fué un hombre en el cual reconocí mucha parte de mí mismo. Era de la casta de los que pelean con gigantes y saben la manera de publicar la grandeza de Dios. Apareció en la corte de los Médicis cuando de ella irradiaba sobre Italia el nuevo amor de belleza, y desató su genio a encrespar el mármol en figuras titánicas y el color en oleadas sublimes. Era el revelador de las formas gigantescas, de las fuerzas sin humana medida, de las visiones proféticas y trágicas. Un mundo le obsedía; el de mi raza y mi edad, el del pueblo de Dios y la peregrinación del desierto y la Ley de justicia, porque este mundo era fuerte y austero como él. Su avasalladora energía se dilataba, como la inspiración de los Profetas, en la sombra y el dolor. Aquel soberano dueño de la gloria pasó por la vida real en soledad y tristeza, sin sonreír ni aun a las imágenes de su fantasía; y esta tristeza era la de la reminiscencia platónica, era la nostalgia infinita del que ha contemplado en otra esfera la belleza ideal y no encuentra cómo aquietarse en el polvo de la tierra: ¡Oh, che

miseria e dunque l'èsser nato! ... Al bajar la pendiente de la vida, encarnó ese sueño de belleza en el recuerdo póstumo de una de las más nobles figuras de mujer que haya divinizado el barro humano: en el recuerdo de Victoria Colonna, y este contemplativo amor le ungió poeta, y de sus cantos se levantó una nueva personificada Idea al coro angélico de Beatriz y de Laura. Cuando toda su generación se había rendido a la muerte, él quedaba de pie, como el roble que desafia tormentas; favorecido con el don de una homérica vejez y siempre inclinado sobre el mármol, y siempre solo, y siempre triste. Llamábase Miguel Angel Buonarroti.

PERSEO

Miguel Angel... Mi encantador le decía el Divinísimo.

DAVID

¿Quién fue tu encantador?

PERSEO

Quien me encantó en el bronce fue un hombre de dos naturalezas: mitad enviado de las Gracias, mitad aborto de las Furias. El día en que nació este hombre, los escondidos gnomos, los genios elementales que, en las entrañas de la tierra, guardan las cuevas de las piedras preciosas y las vetas del metal, celebraron danzando la Navidad del venido para su gloria. Cuando niño, recibió de las potencias ocultas el favor de ver una salamandra en la transparencia del fuego. La maravillosa virtud que en sí traía se mostró apenas tuvo cerca un cincel: era este hombre el predestinado para extender a las substancias preciosas el yugo de la Forma, ya impuesto a los mármoles y bronce. De sus hechizadas manos saltaban, como las chispas de la hoguera, medallas, copas, relicarios, anillos, candelabros, de nunca vista beldad. Entrelazada con esta llama de oro, ardía en su alma la llama sangrienta de la venganza y de la ira. Con el primor que cincelaba el mango de un puñal, hundía la hoja en el pecho de un hombre. Era un arrebatado asesino, cuyos dedos habían sido hechos para un hada. Su maléfico instinto se remontaba alguna vez hasta el impulso heroico, como en su defensa cuando el saco de Roma, y hasta la astucia épica, como en su evasión del castillo de Sant Angelo. Pontífices y reyes se lo disputaban. En la corte donde él asistía, circulaban las tazas más preciadas y las monedas más bellas. Y con los fieros ímpetus del energúmeno, alternaban en aquella alma monstruosa las contriciones del penitente, los transportes del místico, los alumbramientos del visionario. Concluyó en ministro del

Señor, sin dejar de esgrimir ni la daga del bravo ni el cincel del orfebre. Se llamaba Benvenuto Cellini.

DAVID

¡Por qué no durarán como este mármol y ese bronce las manos que nos encantaron!

PERSEO

¿Recuerdas cómo fue tu encantamiento?

DAVID

Fue cuando aún se dilataba en Florencia el resplandor de los primeros Médicis. El gonfaloniero Soderini quería emular su munificencia y su pasión de arte. En la "Opera" de Santa María de Fiore yacía un enorme bloque de mármol, donde cierto escultor, Simon de Fiesole, había intentado labrar una estatua colosal, sin estampar más que las huellas de su impotencia y de su desaliento. Soderini anhelaba por ver arrancado a aquella mole el coloso que allí había por crear, y dudaba entre valerse, para acometer la empresa, de Leonardo de Vinci o de Andrea Contucci. Pero por aquel tiempo volvió a Florencia Miguel Angel; vió la montaña de mármol, miró luego adentro de sí y prometió la obra. La idea que brotó en la mente del artista, colocado entre la enormidad de piedra y el sentimiento de su fuerza interior, fue mi imagen juvenil. Me evocó en la más bella hora de mi vida; en la vaga conciencia de mi predestinación; en la promesa de la gloria más hermosa que la gloria real; en la esperanza del triunfo, ¡cuánto mejor que el triunfo cumplido! Obtuvo así la imagen de la energía inmaculada, del candor heroico. Luego, se abrazó con la piedra, y por espacio de tres años sentí cómo el golpe del cincel inoculaba cada día en la blanca entraña del mármol una chispa de mi ideal. Cuando se consumó el encantamiento, conocí que esta inmortalidad en la forma bella es la verdadera beatitud. Me levanté a una paz que no podría expresarse en el lenguaje de los hombres. Aquel Miguel Angel casi adolescente, que me había llamado a nuevo ser, llevaba aún en el alma el beso de la Florencia medicea, el sello de un ambiente impregnado de serenidad platónica, sello de serenidad al que pronto había de sobreponerse la reacción de su genio impetuoso y sombrío. Por eso renací trayendo en la frente algo de la calma de los dioses y los héroes aqueos. Por eso me parezco a Apolo. Más tarde, en la bóveda de la Sixtina, el Miguel Angel de la madurez me figuró de nuevo; pero allí participo

del soplo de una tempestad de formas y colores: allí tengo el arrebató de la acción, aquí el sosiego de la idea. Y ahora, cuéntame tú tu encantamiento.

PERSEO

Me levantó en el vuelo de su fantasía Benvenuto Cellini, obedeciendo a un mandato de Cosme de Médicis. La gloria del escultor, que le buscaba, fascinó al artífice del oro, y él se consagró a mi imagen con toda la vehemencia de su alma. Fui primero un fantasma en su imaginación; luego me dió una vida pálida en el modelo de yeso, y se dispuso por fin a cautivarme en el duro y sempiterno metal. Abrió espacio para el molde en su jardín de la calle de la Pérgola, desarraigando árboles y viñas; la obra comenzó. ¡Oh, qué vulcánico trabajo, qué conmovedora historia la de mi encarnación en el bronce! Benvenuto, poseído de la furia creadora, solo al principio, con unos pocos obreros después, siempre sin medios suficientes para la faena material, se movía dirigiendo la influencia del fuego, y pasaba cientos de veces del entusiasmo a la desesperación y del embeleso a la ira. En ciertos momentos, lágrimas en sus ojos se evaporaban en el líquido bronce. Yo asistía, desde el fondo de su pensamiento, a aquellas convulsiones de inspiración, de rabia, de dolor, y en verdad te digo que era una hermosa tempestad. Con tiernísimas plegarias por el logro de la soñada imagen, alternaban en sus labios juramentos de muerte para enemigos a quienes atribuía los tropiezos de su obra. Había llegado a idolatrarme como a un hijo que hubiera de defender contra mortales peligros. A veces necesitaba apartarse de mí para montar un diamante o cincelar una copa. Un Ganimedes de mármol vi nacer y formarse cerca de mi cuna de fuego. Pero a mí volvía siempre con anhelante ardor. Un día, inclinado sobre la hornalla, aureolado del rojo resplandor como un cíclope, manejaba gruesos leños de pino con que avivar el adormido elemento, cuando he aquí que una llamarada inmensa se levanta y el taller entero se incendia. Con desesperados esfuerzos llega a reparar el daño, pero pronto la angustia y la fatiga le postran rendido por la fiebre. Piensa que va a morir, y sus palabras son para confiarme a sus amigos y pedirles que yo le sobreviva. En esto, alguien viene a decirle que la obra se pierde, que el bronce se ha cuajado falto de calor. Benvenuto salta instantáneamente del lecho; recobra por encanto salud, agilidad y fuerza; viene a mí, remueve el fuego mortecino; arroja, trastornado, en la mezcla campanil los platos, las fuentes, la vajilla de estaño de su mesa, y ve correr el bronce otra vez, y respira, y triunfa. La estatua se ha logrado: con milagrosa proporción, la suma de metal

ha sido la justamente requerida para completar el óvalo de mi cabeza. Dos días después, una clara mañana de primavera, yo recibía el beso del sol en la Logia de las Lanzas. Cosme de Médici se asomaba a una de las ventanas del Palacio. Anhelante multitud se aglomeraba frente a mí y me admiraba. ¡Ah, jamás dejará de resonar en mis oídos de bronce el eco de aquella inmensa aclamación del pueblo de Florencia, saludando el triunfo de la Forma armoniosa como la entrada de un rey o el botín de una batalla! Al paso de Benvenuto la multitud se descubría como al paso de un héroe. Por muchos días persistió este entusiasmo, y los maestros y estudiantes de Pisa, que entonces gozaban de sus vacaciones, llenaban, cada mañana, de versos laudatorios las columnas vecinas a mi pedestal. Bello, bellísimo tiempo...

DAVID

Yo presencié tu triunfal epifanía.

PERSEO

Dulce tiempo que fue... ¿Te acuerdas de aquel hervir pintoresco de la vida en las abiertas logias, centros de conversación, de arte y de filosofía, como los pórticos de Atenas? ¿Te acuerdas de aquel zumbar, como de abejas officiosas, en derredor de un antiguo mármol recobrado, de un amarillo códice devuelto a la luz? ¿Te acuerdas de las procesiones, de las máscaras, de las pompas mitológicas, cuando la juventud representaba en las calles, inmenso teatro descubierto, la apoteosis de la alegría y de la fuerza?

DAVID

Tu no viste más que el ocaso; yo vi la radiante luz del mediodía. Yo asistí en su plenitud al imperio de la renovada antigüedad. Yo oí flotar en el viento el rumor de los convites platónicos, en torno al simulacro del Maestro, en los jardines de Fiésole, coreado el dulce razonar de los iniciados por la vibración armoniosa de los pinos. Ante mí se detuvieron Rafael, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto. Vi, antes que tú vinieras, cincuenta años de gloria, con mis verdaderos ojos, que aquí reflejaron por tres siglos el sol; porque yo, que te hablo, no soy sino una sombra, una sombra de piedra: mi "yo" de verdad padece prisión en un museo.

PERSEO

¿Qué cosa es un museo?

DAVID

Una cárcel para nosotros; una invención de las razas degeneradas para juntar, en triste encierro común, lo que nació destinado a ocupar, según su naturaleza, ambiente y marco propio, cuando no a dominar en el espacio abierto, en la libertad del aire y el sol.

PERSEO

¿Qué resta, sino es vuestra inmortalidad, de aquel divino tiempo?

DAVID

La idea, en el imperecedero espíritu del hombre

PERSEO

El hombre ya no existe. La criatura armoniosa que dió con su cuerpo el arquetipo de nuestra hermosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó, como los semidioses de mi raza y como los profetas de tu gigantesco Israel. Los que hoy se llaman hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínimas partes. Todos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos, no tienen oídos; los que ostentan dilatado el arco de la frente, muestran hundida la bóveda del pecho, los que tienen fuerza de pensar, no tienen fuerza de querer. Son despojos del hombre, son vísceras emancipadas. Falta entre ellos aquella alma común, de donde nació siempre cuanto se hizo de duradero y de grande. Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su norma social es la igualdad, el sofisma de la pálida Envidia. Han eliminado de la sabiduría, la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utilitaria, y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial.

DAVID

¿Cuál es tu consejo en la nostalgia?

PERSEO

Lo que no han mudado los hombres: el cielo,
el aire, la luz.

DAVID

¿Y tu mayor suplicio?

PERSEO

Oír el comentario de los viajeros.

DAVID

¿Cuáles, de los que te miran, te comprenden?

PERSEO

Los de muy arriba y los de muy abajo: los
que vienen trayendo en el alma una idea con que compararme,
y que generalmente permanecen mudos, y los niños vestidos
de harapos que, en los brazos de las mendigas, se acercan
a tocar las estatuitas de mi pedestal y manifiestan,
sonriendo, su alegría: ¡Come e bello!

DAVID

¿En qué reconoces a los que son dignos de
mirarte?

PERSEO

En que cuando ellos me miran siento como si
el fuego de la fragua volviera a arder en mis arterias de
bronce, y me transmitiera otra vez el soplo creador, y me
comunicara de nuevo los estremecimientos sobrehumanos, las
angustias feroces, los júbilos sublimes, de la forma que
va a ser, que va a infundirse en las entrañas de la materia
obscura y rebelde. Después, en una especie de sueño, veo
que renazco en tierras lejanas, entre gentes que no vi jamás,
reencarnado en palabras armoniosas, o en doctas lecciones de
belleza, o en figuras heroicas que brotan de la piedra y el
color, o simplemente en una blanca idea que se queda, con
el pudor de las vírgenes vestales, en la soledad de un noble
pensamiento.

DAVID

Perseo: ¿volverán al mundo la alegría, la abundancia
de la invención, la jovial energía creadora?

PERSEO

Cuando los hombres vuelvan a creer en los dioses.

DAVID

¿Con fé de belleza?

PERSEO

No, con fe de religión. El mundo se dará nuevos dioses. A la fe en la divinidad onnipotente e infinita sucederá otra vez la fe en divinidades parciales, númenes benéficos y activos, pero de poder limitado, que ejercerán en ordenada jerarquía el gobierno de las cosas, y con los que se entenderán más fácilmente los hombres, porque la limitación de su poder explicará la de su favor y su justicia. Y dioses y mortales colaborarán en la misma obra universal.

DAVID

De mi posteridad nació el que vino a redimir el mundo y es el sólo Dios verdadero. Cristo no morirá jamás.

PERSEO

¿Y por qué ha de morir? Bajo el claro cielo de Florencia se conciliaron ya la luz del Evangelio y la filosofía que dictaron los dioses. ¿Ves ese resplandor que dora la frente de mármol de Neptuno? Es el sol que viene de iluminar la altura del Calvario y las ruinas del Parthenon.

LAS VESTALES DE MARMOL DE LA LOGIA DE ORCAGNA

¡Apolo! ¡Apolo! Tráenos, para Florencia, nueva inspiración y nueva gloria.

Florencia, 1916